

¿Qué podrá temer el hombre teniendo presente á su Dios? Apenas se contempla su amor en ese augusto Sacramento, encontramos fuerzas divinas, como dice un sábio espositor, para pelear contra nuestras mismas pasiones y los enemigos de nuestra salud que continuamente nos rodean: en él hay luz contra las ilusiones del demonio, remedio para todas las enfermedades del alma, siendo medicina del pecado, en espresion de San Ambrosio, salud del alma, como dice el Crisóstomo, donde se lava, se nutre y fortalece haciéndole aparecer mas refulgente que el mismo sol; y siendo luz y fortaleza del hombre en este Sacramento. ¿Quién podrá temer velando en nuestra propia conservacion? ¿quién temblará? Así habla el real Profeta, y así debe el cristiano celebrar su triunfo con las fuerzas y armas que le concede el Eterno en este adorable Sacramento; está con nosotros en el Tabernáculo con amor pródigo para darnos cuanto necesitamos, fuerte para sostenernos, unitivo para hacerse una misma cosa con nosotros, y entonces fortalece el alma, da vida al espíritu, ilumina el entendimiento alentándonos en espresion del Crisóstomo como fuertes leones para combatir: sí, él da armas para combatir con la multitud de sus gracias, escudos para defenderse con su amor y sus promesas; fuerza con el divino manjar que es su carne: es un Rey que con la vara ó cetro del poder en sus manos consuela al afligido. *Virga tua, et baculus tuus, ipsa me consolata sunt.*

Solo en Jesucristo Sacramentado hallamos este consuelo, gemimos en el mundo, suspiramos afligidos y sin consuelo clamamos por el remedio de nuestros males, pero el Hijo unigénito del Padre nos franquea el consuelo en todas nuestras aflicciones en

esa adorable y veneranda mesa; escuchad, señores, escuchad la misma escritura santa, y se alegrará nuestro corazon: temor causa al hombre la aridez del espíritu que le abandona en sí mismo; este pan divino confirma, nutre y fortalece el espíritu, como dice el real Profeta, necesitamos consuelo y proteccion, allí nos llena Jesucristo de una unción santa y de un espíritu vivificante, la justa aflicción que oprime al hombre en su misma languidez sujeto á imperfecciones é infidelidad, termina á vista de ese adorable Sacramento que ilumina el alma, la inflama y hace correr con la misma ansiedad que el siervo sediento á esas cristalinas fuentes del consuelo; aquí encontramos el pan de los ángeles, vino que engendra vírgenes y comunica al alma entre delicias la vida eterna, la columna de luz, el asilo contra todos los enemigos, el mas sabroso maná.

Israel, Israel, tú decias nada temo, porque mi consolador está delante de mí, y viendo los prodigios que por la vara del caudillo se obraban, era grande tu consuelo en el desierto; mirad nuestra felicidad y admiraos *videte et admiramini*, en su mano está el cetro del poder, y obra innumerables prodigios por quedarse con nosotros; no temeremos acercarnos á su trono, al monte de su gloria, porque ni hay relámpagos que deslumbren, ni ruido espantoso que conturbe; llegamos y encontramos entre Dios y nosotros sus miserables hijos, una amistad, una union como aquella que celebra la Escritura entre David y Jonatás; recogieron el maná abundante y misterioso, pero ellos murieron; nosotros comemos el sabroso y divino maná de su misma carne que da la vida eterna á aquellos que como Moisés, Aaron y Phines le adoran y

dignamente le reciben, en espresion del P. San Agustin; comisteis este alimento que cual copiosa lluvia destilaba el cielo en la noche, nosotros podemos siempre á todas horas comer el cuerpo y beber la sangre que en la noche del amor del rey eterno, quedó hasta la consumacion de los siglos con nosotros, en prueba de que nos ama tiernamente; vosotros saliais cuidadosos á recoger el alimento: nosotros á todas horas, en todos tiempos tenemos preparada la mesa, y en ella encontramos un alimento fuerte y capaz de sostenernos contra todos nuestros enemigos: *Parasti in conspectu meo mensam, adversus eos, qui tribulant me.*

¡Mesa divina! ¡Espléndido convite! ¡manjar celestial! No admiramos en ella la ostentacion del gran convite que el rey Asuero y la reina Vasti ofrecen á su pueblo, donde asisten los grandes de su corte para mostrar su poder y sus riquezas: aqui llega el rico y el pobre, el noble y el plebeyo, el sábio y el ignorante, el monarca y el vasallo; á todos admite gustoso, todos comen un manjar divino: reciben todas las gracias, gozan de todos los consuelos, participan de todos los bienes, y recibiendo la carne inmaculada de Jesucristo con su divinidad es investido del espíritu de Dios que le transforma en Jesucristo; no comemos como Elias aquel pan subsinericio que le alimenta y fortalece para caminar por el desierto, sino el pan que á nuestra vista se presenta, pero que no son mas que los accidentes, convertido en el mismo cuerpo de un Dios omnipotente que nos consuela y fortifica en el desierto del mundo: no se nos presenta en esta mesa el cordero Pascual que comiera el pueblo y cuya sangre sirviera para señalar la morada de sus escogidos, sino come-

mos el Cordero inmaculado. ¡Oh dicha! Aquel mismo Cordero que vió San Juan en su Apocalipsis rodeado de los 24 ancianos que se postran y le rinden sus coronas; el Cordero sacrificado en la Cruz que pudo solamente desatar los sellos, ese mismo se entrega al hombre, entra en nuestro pecho, é íntimamente se une al que no es mas que polvo y ceniza.

Amor divino, tus llamas son activas, abrasador tu fuego; estás en nuestros Tabernáculos, no como los Israelitas admiraban los panes de proposicion en la mesa que por orden del mismo Dios fué construida y colocada en el templo, sino que amoroso te franqueas al hombre como esclama el P. San Agustin, á todas horas, en todos los templos, en una misma forma, bajo unas mismas especies, en la mas pequeña partícula: allí está todo entero; el que no cabe en mil mundos por su inmensidad se circunscribe á una parte aunque sea imperceptible: allí, en ese Sacramento encontramos todos los bienes, todas las dulzuras, allí se estasiaron las Teresas, se abrasaron las Magdalenas de Pacis, se encendieron los Felipes y Tomases; allí está el paraíso de delicias, el torrente del consuelo, el tesoro de la gracia. *Impinguasti in oleo caput meum: et calix meus inebrians; quám præclarus est!*

En efecto, cuando el hombre pudiera decir estoy sumergido en la amargura, entonces adora y medita en ese augustísimo Sacramento y recibe los mas dulces consuelos, satisfaciendo en él, como dice San Ambrosio, todas nuestras necesidades y dándonos todos los consuelos que pueden llenar de alegría el corazón: te acercas al Sacramento huyendo las tinieblas que te rodean en el mundo: él es la luz que nos conduce y nos ilustra; cuando el herege muestra sus errores nos

enseña la senda mas segura y cual luciente antorcha nos dirige en el mundo mismo. Si estás enfermo, es tu médico, el mismo que adoras en los altares es el que curaba á los enfermos cuando predicaba al mundo y hoy ha quedado como tu médico para sanarte de las heridas que moralmente recibes en la incesante lucha que sostienes con visibles é invisibles enemigos: si temeroso tiemblas, acércate á su trono porque eres indigno de su amor; llega, él es la víctima ofrecida al Padre, inmolada en la Cruz con el fuego de su amor: llega, es tu Padre, tu hermano, el esposo de tu alma; ¿qué temes? ¿Buscas alimento? él mismo es tu comida que conserva la vida espiritual recibida en el Bautismo; si necesitas fuerzas es virtud, y en él recibimos las eficaces gracias que nos hacen victoriosos; ni temas los peligros ni te aflija la peregrinacion, clama lleno de consuelo, *et misericordia tua subsequetur me, omnibus diebus vite mee.*

El que bebe de las aguas que yo te ofrezco, decia el Señor en otro tiempo lleno de amor á la Samaritana, no volverá á tener sed eternamente; el que come mi cuerpo, nos dice por San Juan, y bebe mi sangre, tiene en sí la vida eterna, él obra en nosotros la perseverancia así como el árbol de la vida donde ha querido este Señor colocar en el paraiso de su Iglesia para que gocemos de las delicias de los ángeles y de los santos: podemos llamarte, decia San Agustin, Dios y Señor nuestro porque nos criastes, redimistes y conservas, mas contemplándote en la Eucaristía, podemos decir que dándote á nosotros y recibiendo tu divinidad, tu humanidad, tu cuerpo, tu sangre, todo cuanto eres, poseemos las arras de gran valor que nos entregas en el Sacramento: sí, porque en él poseemos el mismo ob-

jeto que forma las delicias de los Bienaventurados.

Riquezas necesita el hombre para comprar su felicidad temporal; su primer objeto debe ser la felicidad eterna; todo cuanto puede necesitar lo tiene, porque si grandes fueron los medios que proporcionó á los hombres para conseguirla, y alentó su fé con tantos prodigios como obrara en su confirmacion, en este Sacramento hizo un memorial ó recopilacion de todos ellos: *memoriam fecit mirabilium suorum*, y para que siguieseis esta senda y fueseis dichosos adorándole en sus altares, derramó abundantes gracias en nuestro favor, por los Sumos Pontífices Pio IV y Gregorio XIII, aumentándolas por Clemente VIII, Benedicto XIV, Pio VI y con otros muchos Pontífices, el felizmente reinante Pio IX: ¿qué podeis temer en los dias de vuestra vida, cuando sois los fuertes de Israel que custodiais ese trono del Salomon divino, donde continuamente despide rayos de misericordia y de amor? David convencido de la grandeza y bienes que recibia de Dios, confiaba en su misericordia; vosotros, piadosos congregantes, amados cohermanos, habeis dado al mundo testimonio de vuestro acendrado amor á este augusto Sacramento, y estableciendo estos ejercicios públicos que os ha conducido al templo en este dia, y haciendo continuar con brillantez la oracion de las Cuarenta horas, habeis imitado el ejemplo de los nobles milaneses, y el grande fervor de los Carlos Borromeos, Cayetanos y Felipes Neri, que la establecieron en Nápoles, Venecia y Roma.

Llegad á esta mesa sin temor, comed este manjar santo, recoged esas aguas cristalinas, gozad esas delicias eternas, fortaleced vuestros espíritus, continuad

confiados en su bondad: el Señor que nos rige y gobierna alimentándonos en tan saludables y abundantes pastos, que nos cria á las orillas de las aguas de su misericordia en ese Sacramento, *Dominus regit me et nihil mihi deerit: Super aquam refectioes educavit me:* ese Señor que nos conduce por sendas justas, nos prepara su mesa, nos llena de gozo, y será el mismo que nos acompañe toda la vida: *miseriordia tua subsequetur me.* Así señores se esplica el real profeta en el salmo que ha servido de base á mi débil discurso; pero escuchad sus últimas palabras: *Et ut in habitem in domo Domini, in longitudinem dierum.*

Espera que le conduzca á su santa morada para siempre: esperadlo tambien vosotros, cristianos, pero no olvideis que es vida para los buenos y muerte para los malos: llegaos siempre á adorarle con pureza y santidad, no mediteis sus glorias en estas Cuarenta horas, y le preparais un sepulcro en vuestro corazon: cantad, sí, himnos de alabanza, y se abrirán las puertas de la morada eterna, y acompañando á nuestro Dios en la vida, él nos acompañará en la muerte, menos á vosotros, secuaces de aquellos hombres impíos que blasfemaron de este Sacramento, é ilustrados y sábios ateos especulativos, falsos filósofos que solo con vuestras caprichosas ideas, y apagando la antorcha de la fé, caminais por el mundo como enemigos de este angusto Sacramento, y os declareis maestros de la impiedad, y autores del indiferentismo religioso.

Pero vosotros, piadosos y fervorosos congregantes, benditos seais mil veces del Señor, porque en medio de la general corrupcion, dais públicos testimonios de vuestra fé y sólidas creencias. Por vuestros

repetidos actos de adoracion á la Magestad divina, con lo que servís de ejemplo al mundo, benditos seais del Señor. Por vuestro generoso desprendimiento para sostener el culto de Jesucristo Sacramentado, por el celo con que le acompañais en sus salidas públicas y por todas vuestras buenas obras, benditos seais de Dios Nuestro Señor, ahora, en la hora de vuestra muerte, y despues en las mansiones eternas de la gloria. Amen.